

LA MALA DEL CUENTO

VIVIAN MANSOUR

ILUSTRADO POR PATRICIO ORTIZ



LA MALA DEL CUENTO

A LA
ORILLA
DEL VIENTO



La papaya

A todos nos gusta ser los buenos del cuento. Todos queremos ser la princesa, el héroe que mata dragones, el valiente que sabe exactamente cómo actuar y qué decir en caso de peligro... Pero una vez yo fui la mala del cuento. Escogí ser la mala. Si alguien hubiera leído la historia de mi vida diría: "¡Qué malvada! ¿Por qué actúa así?" Y si esa historia tuviera ilustraciones yo habría sido dibujada como una niña llena de verrugas, pelos en la barbilla y fea como mi tía Juanita, que se pone sombra morada en los párpados y que huele a mojarras fritas.

Todo empezó atrás de la puerta del baño. Cuando mi mamá entraba en él se tardaba mucho. Pero no mientras se bañaba o hacía popó o pipí. Se encerraba durante mucho tiempo y se escuchaban unos ruidos extraños, como si peleara con un monstruo que viviera en la tina. Después salía como si nada, igual de hermosa que siempre, pero sin los labios pintados.

Yo no entendía muy bien cuál era el monstruo con el que peleaba cada día, hasta que un día la abracé después de uno de esos extraños combates y me llegó un olor desagradable. Me tardé algunas semanas en identificarlo, hasta que, en medio del desayuno, cuando me sirvieron una porción de papaya supe cuál era el olor misterioso...

—¡Guácala! Huele a vomitada...

Todos me voltearon a ver. Mi papá me lanzó una mirada enojada, ya que era un ferviente admirador de la papaya. A mi hermano chiquito le dio un ataque de risa. Mi mamá, que tenía un plato de cereal dietético frente a ella, pero sin tocar, me miró inquieta.

—Pues te la comes —dijo mi papá, enérgicamente.

Yo no hablaba de la papaya, sino del olor de mamá, pero era poco elegante aclarar la situación. Me tragué la papaya —que, estoy segura, muchos piensan como yo, huele a guácala— pero con la sensación desagradable de que conocía un secreto de mamá. Un secreto que no olía nada bien y que ella no quería compartir conmigo ni con nadie. Sólo con el monstruo del baño. La única solución que se me ocurrió fue ahorrar para comprarle un perfume el día de su cumpleaños.



Aaah, los regalos... ¡cómo pueden causar alegría o tristeza! A mitad de año se acostumbraba en la escuela hacer un intercambio de regalos. Escribíamos en unos papelitos nuestros nombres y la maestra los repartía a todo el grupo. Al abrir el mío leí el nombre de la niña a la que me tocaba regalarle: "Lizette". Teníamos un mes para preparar el regalo. Le dije a mi mamá ese mismo día para que tuviera tiempo de comprarlo, porque en ese entonces se olvidaba de todo. A mí no me llevaba con ella de compras, iba siempre sola. Cuando llegó el lunes del intercambio, mi mamá se había olvidado por completo del regalo de Lizette. Y entonces hizo algo que nunca le perdoné: fue al armario, revolvió un poco entre algunos paquetes y sacó algo.

—Mira, le puedes dar a tu amiga esta bolsa.

Estaba espantosa. Era una bolsa blanca, hecha como de plástico...

—Es una bonita bolsa de rafia. Le va a encantar —afirmó.

Yo no tenía otra opción. Aún no le había comprado el perfume a mamá. Hubiera estado perfecto regalárselo a mi compañera en lugar de lo que me ofrecía mamá, porque algo me decía que esa bolsa no era el sueño de ninguna niña. Esperaba equivocarme.

Después del recreo se realizaba el intercambio. Todos estábamos muy emocionados. Cuando me tocó a mí darle la bolsa a Lizette, deseé con todas mis fuerzas que mi madre tuviera razón y que a mi compañera le gustara su regalo. Ver su cara de desilusión me dijo lo contrario, pero debo confesar que el malestar que me causó su expresión desapareció cuando Bárbara se paró y se acercó a mi lugar. Llevaba entre sus manos mi regalo: un suéter justo de la marca que yo quería. Tenía unas letras que decían "PRINCESS" que abarcaban todo el frente. Me encantaba. Además, cada letra estaba saturada con diamantitos que brillaban al menor movimiento. Era lo mejor que había tenido en mi vida. Leí la etiqueta con verdadero deleite: "100% poliéster. Lávese a mano. No se exprima. Hecho en China". "En China deben de vivir las niñas mejor vestidas del planeta", pensé emocionada. Me sentiría como una modelo con ese suéter.

Era el regalo perfecto para mí. Seguía acariciando la textura de mi suéter cuando se acercó Rocío, mi mejor amiga. Me susurró al oído:

—Deberías darle a Lizette tu suéter, en lugar de esa fea bolsa de plástico.

—No es de plástico, es de rafia —respondí, tratando de defenderme.

Acaricié la prenda, que además hacía un ruidito cuando las yemas de mis dedos rozaban las letras. No. No le iba a dar mi suéter a Lizette. No sabía que, aunque luciera como una princesa, adentro de mí vivía una bruja.

Cambios

Estaba enojada con mamá. No sólo enojada, sino furiosa. Olvidaba todo. Nunca revisaba mis tareas. Sólo hablaba con sus amigas. Un día apareció cubierta de vendas, como si fuera una momia. Dijo que era un tratamiento para adelgazar. Ya no se peleaba con el monstruo del baño, ahora se peleaba contra ella misma. Contra su cuerpo. Decidí no regalarle nada de cumpleaños y me gasté en dulces el dinero que había ahorrado. Porque los chocolates y caramelos nunca aparecían en nuestra casa. Cuando mi hermanito iba a alguna fiesta infantil y lograba atrapar algunos dulces de la piñata, los compartía conmigo. Mi hermano Germán era un buen chico. Lástima que fuera hombre.

Ni modo, tenía que haber hombres en el planeta. Hacían falta para la fecundación de la humanidad. El único hombre que me caía realmente bien era papá. Era tan guapo como los príncipes de los cuentos que mamá me leía de niña. A Carlos no podía imaginarlo así, con todos sus Barros. El pobre era pelirrojo y tenía los cachetes en permanente estado de erupción volcánica. Ni a Francisco, con sus lentes de botella que siempre estaban llenos de manchas. Y eso que era el más inteligente del salón.

Cuando mamá se fue al hospital, yo seguía enojada. Decían que tenía bulimia por comer a escondidas y luego vomitar. Mi tía se encargó esas semanas de llevarnos a la escuela. Había más tranquilidad en la casa. Me encerraba en mi cuarto a leer y a comer dulces. Cuando mi papá llegó un miércoles con los ojos rojos a decirnos que debíamos ser muy valientes, me asusté... El monstruo del baño había devorado a mamá. Pero pensé que también mi enojo en algo había contribuido.

Ese fue el primer día triste de mi vida. Habría días distintos, pero ninguno como aquél. Después de esa tristeza, otras tristezas no serían iguales.

Ser diferente y ser igual que todos. A veces nos gusta y a veces no tanto. Por ejemplo, cuando Francisco apareció en la escuela con un extraño aparato en la boca llamado “frenos de caballo” fue la sensación. Todos queríamos ver de cerca ese extraño fierro que le cubría toda la boca y que estaba sostenido por una banda atrás de la nuca. La banda era de colores y estaba acolchada, nos presumió. Además, podía embarrar el alambre con chile piquín y estar durante toda la clase chupando el polvito sin ser descubierto. Aaah, cómo lo envidiamos ese día por ser diferente.



Pero después de que el monstruo se comió a mamá, yo tuve que ir a la escuela. Me gustaba la idea: no quería quedarme encerrada en casa, ni pensar en mamá, ni en el baño...

Cuando regresé una semana después de lo de mamá, todos me vieron diferente. Sentí como si las miradas fueran chicles pegajosos que se quedaban pegados a mi ropa. Además, todos pensaron que me la pasaría llorando en las clases. A lo mejor eso era lo que debía hacer, pero no lo hice. Los maestros me abrazaban y me disculpaban por estar distraída. En clase de química no tuve que pasar al pizarrón.

Rocío me tomó de la mano durante el recreo e hizo algo que siempre agradecí: me trató como siempre, sin compasión. Jugamos al resorte y me ganó. Nada de pláticas profundas. Nada de lástima. Pero cuando estábamos haciendo fila para salir de la escuela, escuché una palabra que me pareció un insulto y que se refería a mí. Era una palabra que, si estuviera pintada con colores, sería gris. Y si fuera una persona, sería alguien chiquito, vestido con un chal porque siempre tendría frío. Alguien que jamás se vestiría de rosa. Alguien que olía a olvido. Esto fue lo que escuché:

—Déjala pasar primero. Es huérfana.

Después de algunos meses, no podía decir que todo volvió a la normalidad, pero sí que ya teníamos una rutina bien establecida. Yo no estudiaba mucho para los exámenes, así que estaba sacando calificaciones bastante regularitas, pero no recibí ningún regaño como antes. Otra vez había un brillo de compasión en los ojos de los maestros. Todos me decían que yo era muy fuerte, pero no era verdad. Yo lloraba mucho por mi mamá cada noche, pero también lloraba por mí.

Durante los fines de semana, invitaba a Rocío a ver películas en casa y papá nos llevaba al parque o a alguna feria.

Hubo un domingo que alcanzamos a ver un arcoíris después de una tarde medianamente lluviosa.

—¡Miren! —grité señalando el cielo y sintiendo que me recorría una alegría pequeña, tan pequeña como una catarina. Germán parlotó algo de gusto. Papá alzó la vista y lo vio, pero su sonrisa no se le subió a los ojos, que se mantuvieron serios.

Mi propia alegría se fue volando por los aires.

Conforme pasaba el tiempo, hubo un cambio en la vida de Germán y en la mía. Papá dejó de llevarnos a los parques y nos dejaba en casa de su hermana, nuestra tía. Nos la pasábamos muy bien, no digo que no, porque nuestra tía era muy divertida. Pero a papá ya no lo veíamos tanto. Resultaba que ahora papá salía con amigos. Y... con amigas. “Ya se le pasará”, pensé yo encogiéndome de hombros.

Pero no se le pasó. Un día tuvo la ocurrencia de traer a una de sus amigas a casa.

—Rocío, ¿qué crees? Mi papá va a llevar a una amiga a casa.

—¿Y qué tiene eso de especial?

—No sé... Me da mala espina. Por favor, ven ese día para que estés conmigo y la conozcas.

—¿Cuándo va a ser eso?

—El sábado.

—Pero, ¿tú crees que a tu papá le guste que yo vaya justo ese día?

—No hay problema. Le puedo decir que vas en la mañana a hacer un trabajo de la escuela y que te invité a comer. No va a decir nada.

—Bueno. Oye, ¿ya viste que Francisco te escogió para su equipo para la práctica de química?

—Ay, ese latoso. Lo bueno es que tendré el diez asegurado.

—Pero, ¿estás consciente de que no te escogió por ser la mejor en química, sino porque le gustas?

—¿A ese búho? A mí no me late para nada. Además eso no me interesa. Me interesa verte el sábado...

—Está bien, ahí estaré.

Sara

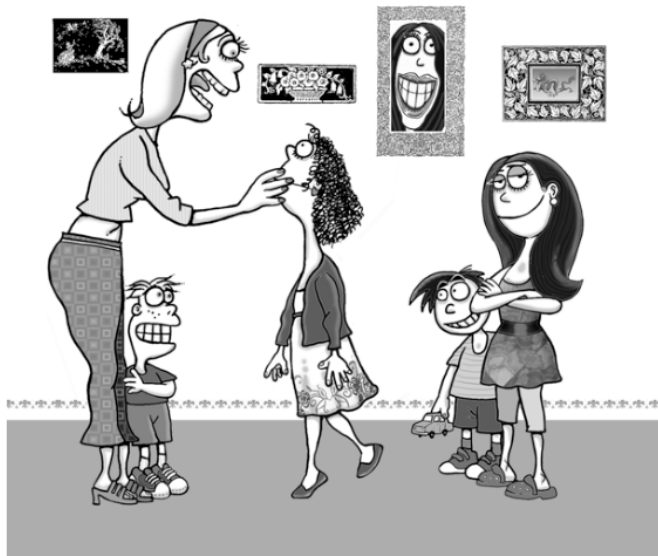
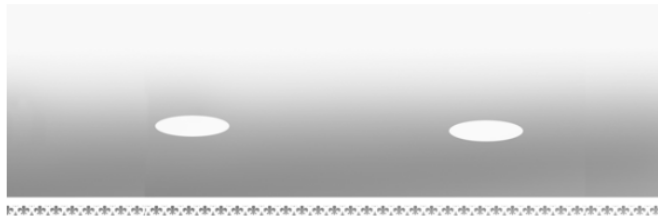
El sábado conocí a Sara. Estábamos Rocío y yo en el comedor haciendo dizque la tarea cuando hizo su aparición. No llegó por su propio pie, sino que papá pasó por ella en el coche. Llegaron haciendo mucho escándalo. Después me di cuenta de que era porque no había llegado sola, sino acompañada de un niño como de unos cinco años, que resultó ser su hijo. Sara era alta; supongo que hermosa. No tenía esposo. El niño era muy guapo también: rubio, de ojos verde-azulados muy vivos. Se llamaba Julio. Rocío y yo nos levantamos de inmediato a saludar.

Sara se acercó afectuosamente, titubeó un momento y luego extendió las manos hacia Rocío diciendo:

—Hola Marina, mucho gusto. ¡Qué linda eres! Te pareces mucho a tu papá.

Dejé un rato que el equívoco flotara en el aire, para aclarar después, con voz dura:

—Yo soy Marina, no ella.



Algo se rompió en el aire de manera imperceptible, como cuando alguien tira una piedra pequeña al agua. La sonrisa de Sara se achicó un poco, pero casi de inmediato se recompuso saludándome a mí con un gran beso.

Pérfidamente, me dio gusto que hubiera empezado con el pie izquierdo. El niño se acercó a ver lo que estábamos haciendo, muy confanzudo. Llamaron a Germán que también fue cubierto de besos y halagos. Mi papá estaba nervioso. Me di cuenta porque hablaba en voz muy alta, como si no oyéramos bien. Nos fuimos en el coche a comer y al cine. Rocío nos acompañó. Ella y Sara fueron las que más hablaron durante el camino. En el cine, hice todo lo posible por sentarme junto a papá y Sara tuvo que contentarse con ocupar el asiento junto a Rocío. Del título de la película ni me acuerdo, sólo tengo presente la respiración de papá y que traía puesta una camisa que no le conocía.

—Pero, ¿por qué te cayó tan mal? —me preguntó Rocío el lunes siguiente.

—¿No la viste? Es... es... demasiado perfecta —respondí.

—¿Y eso qué tiene?

—¿Te acuerdas del cuento *La Cenicienta*?

—¡Cómo no voy a acordarme! Yo creo que es el cuento más contado de la historia.

—¿Y te acuerdas del personaje de la... madrastra?

—Claro. Era una señora mala que hacía sufrir a Cenicienta porque era fea, mala y envidiosa.

—¿Ves? Las madrastras son malas y Sara, en cualquier momento, se va a casar con papá y se convertirá en mi madrastra.

—Que a la mejor se casa con tu papá, puede ser. Pero yo no estoy tan segura de que sea mala sólo por ser una madrastra.

—Tengo una idea: ayúdame a demostrar que Sara es tan mala como la madrastra de los cuentos.

—No, cómo crees... Yo no te voy a apoyar en eso.

—¿Por qué no? Si estás tan segura de que es buena, pongámosla a prueba.

Rocío es mi mejor amiga. Y aceptó, aunque una duda bailó en sus ojos.



Las pruebas

Así como en clase de historia vimos que para ganar la Independencia hizo falta una estrategia o plan de acción, así yo pensé hacer mi plan de los treinta días para demostrar que Sara era mala. Rocío y Francisco me ayudaron en mis planes.

La primera oportunidad se presentó cuando mi papá invitó a Sara a cenar a nuestra casa junto con mis abuelitos. Papá cocinó un espagueti que le queda buenísimo (a petición mía, claro), ensalada con fresas y pastel de chocolate. Sara llegó con un vestido lleno de pececitos azul cielo que estaban bordados sobre tela blanca. Se veía regular. Bueno, la verdad se veía bien. Yo me porté muy amable con ella durante toda la velada. Había vasos de agua de jamaica y copas de vino tinto por todos lados. Fue muy fácil: moví el codo bruscamente y toda la fila de vasos y copas cayó sobre el regazo de Sara, dejándola empapada. Yo me disculpé muchas veces, pero ella no perdió su sonrisa. Dijo que no importaba, que así los pececitos de su vestido podían nadar en el Mar Rojo. Todos nos reímos. Yo también. Goteando gotas rojas se fue al baño. Ahí la esperaba otra sorpresa. Yo había embadurnado la taza del baño con crema de afeitador de papá. Sabía que Sara se llevaría una terrible sorpresa al sentarse en el excusado.

Se tardó un poco en salir del baño, pero cuando lo hizo, su cara no demostraba ninguna contrariedad. Al despedirse de mí, me dio un gran beso y un mimo en la mejilla, como si quisiera decirme que entendía que yo había hecho las travesuras y que no había ningún problema.

Prueba no superada. (Por mí.)

Mi cuarto es mi refugio. Algunas de las ventajas de tener hermano es que puedes tener una recámara para ti sola. El papel tapiz que adorna las paredes lo escogió mamá: es de margaritas y a veces las abejas se confunden y chocan contra los pétalos falsos. Yo odiaba ese papel tapiz pero ahora que no está ella me gusta verlo. No tengo tele pero sí un estéreo. Y ahí estaba yo, echada en el mejor planeta del mundo (mi cama), conectada a mi música, cuando entró papá. Supongo que tocó la puerta antes de entrar, pero no lo oí por los audífonos.

Se sorprendió un poco al ver el nuevo desorden que imperaba en mi cuarto: discos por aquí y por allá, tres calcetines atrás de la cabecera de mi cama, un vaso sucio, un plato con migajas de sándwich que llevaba olvidado mínimo tres días sobre mi buró...

Papá no solía entrar mucho a mi recámara. Era mi territorio porque el resto de la casa era público: Germán y yo hacíamos la tarea en el comedor, pasábamos mucho tiempo en la cocina y en la pequeña sala de la casa con tele.

No me di cuenta de qué tan desordenado estaba mi cuarto hasta que vi la mirada de asombro de papá. Antes mi cuarto no estaba así. Y aquí debo hacer una confesión que los adultos no saben: el único poder que los niños tenemos es el mal comportamiento. Y yo estaba dispuesta a hacer uso de él.

—Hija, tienes el cuarto hecho un desastre.

—Mmmm.

—Y te quería pedir que ayudes a Germán con su tarea.

—Mmmm.

—Y no puedes andar todo el sábado en pijama.

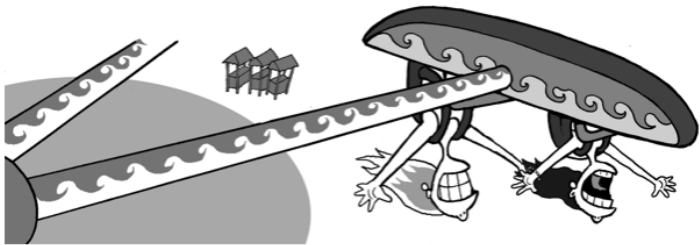
—Mmmm.

—Y también te quería decir que yo también la extraño.

Eso me desarmó. Porque el mal comportamiento se derrite, como un chocolate, cuando aparece un poco de comprensión.

Pasaron dos fines de semana antes de que nuevamente fuéramos incluidos en un paseo junto con Sara y papá. Esta vez mi hermanito Germán quiso ir a un parque de diversiones, lo que se adaptaba perfectamente a mi plan de acción. Comimos papas calientes cubiertas de crema, queso y tocino. Sara era de muy buen diente, se comió la suya y también la que su hijo no pudo terminar. Estuve muy atenta por si iba al baño a vomitar después de tamaño atracón... pero, ¡no lo hizo!

Julio, Germán y papá se fueron a los juegos para chiquitos. Sara y yo nos fuimos a la parte de los juegos mecánicos para grandes. Para grandes aguantadores. Porque escogí los juegos más difíciles y mareadores: el Ratón Loco, la Canoa Krakatoa, el látigo Mortal, el Rompe Vértebras. Sara gritaba y reía, yo aullaba, y aunque las papas en nuestros estómagos brincaban junto con nosotros, Sara no sintió náuseas ni una sola vez. Yo sí. Sentí que mi panza quería protestar violentamente y fui corriendo al baño. No quise que Sara me acompañara.



Cuando nos reunimos con papá y los niños, Sara estaba fresca como una lechuga. “Además de mala, es resistente —pensé—. Ha de tener algún embrujo para evitar marearse.”

—¿Cómo le haces para subirte a todos los juegos y no marearte? —le preguntó Germán, viéndola con admiración.

—Tomo clases de yoga. Eso me ayuda con el equilibrio. Además, practico paracaidismo y alpinismo. ¿No se los había dicho?

Una madrastra intrépida. Lo que me faltaba.

Prueba no superada. (Por mí.)

Estuvimos viendo en clase las eras prehistóricas. Cuántos millones de años tuvieron que pasar para que hubiera un mínimo cambio en la evolución de los seres humanos. El tiempo es algo muy extraño. Siempre me he preguntado, por ejemplo, ¿por qué cuando viajo en carretera se me hace más larga la ida que el regreso? ¿El tiempo no es el mismo? Para que el ser humano haya cambiado un poquito tuvieron que pasar un montón de años. Yo, en cambio, siento que me están obligando a cambiar muy rápido. Cuando estaba mamá, el tiempo transcurría lento y ahora que no está la película de mi vida corre a toda velocidad. Yo creo que son los cambios.

No me gustan mucho estos cambios. De la misma manera como no me gusta que me cambien de lugar. Hoy la maestra me pidió que me cambiara a la primera fila de pupitres porque dice que me ve muy distraída. Pero salió peor: ahora de cerca, me gusta contar la cantidad de várices que se le ven en las piernas. Ella sí que debe cambiar la marca de sus medias.

Como yo manifesté cierto interés por el alpinismo que practicaba Sara, ella organizó un paseo a Malinalco. La idea de conocer un nuevo lugar siempre me entusiasmaba, aunque fuera con tan indeseable compañía. Nos pusimos nuestros pantalones de mezclilla, tenis y muchas botellas de agua al cinto. Yo me llevé, además, un frasco y una lupa para observar bichos. Germán, que es

un poco tonto a veces, insistió en llevarse un rompecabezas. ¿A quién se le iba a antojar armar un rompecabezas en medio de la montaña? Julio, por su parte, llevó unos dinosaurios de plástico. ¡Qué malos exploradores eran!

Nos fuimos en el coche de papá. Pasamos por Sara y Julio a su casa, asunto que me chocaba muchísimo, no sé muy bien por qué. Si ella tenía coche... ¿por qué teníamos que pasar por ellos?

Debo admitir que el paseo estuvo sensacional. El cerro vibraba por el sonido de miles de chicharras y grillos matutinos. En algunas partes del monte olía a flores que hacían que el pobre Julio estornudara. Yo me la pasé recolectando algunas cosas interesantes: una piedra azul, las alas rotas de una mariposa, un pedazo de flecha, el capullo fosforescente de una flor. Pero lo que más me sorprendió fue la cantidad de insectos que saltaban cada vez que mis tenis se posaban sobre el pasto. Había miles de ellos ocultos en la hierba. Al acercarme para verlos de cerca, vi una especie de cucarachas verdosas, con el torso duro y patas crocantes. En un frasco metí como veinte de ellas; después me puse a atrapar chapulines. Orugas gordas y sin prisa devoraban las hojas de los geranios silvestres, así que con ayuda de una ramita logré capturar media docena de ellas. Y al ver toda mi colección se me ocurrió una idea sensacional: lograr que Sara encontrara en su comida mi colección de insectos. Ella, por muy aventurera, deportista y buena onda que fuera, tenía que perder la calma.

A media tarde, a todos nos dio hambre y Sara recomendó que fuéramos a un lugar llamado Los Capulines a comer. Ordenaron muchísimas cosas. Cuando llegó la mesera con los platillos, todos se fueron a lavar las manos. Yo ofrecí quedarme en la mesa y esperar mi turno. Fue entonces cuando aproveché la oportunidad y en la ensalada de Sara puse algunos gusanos. En las tortillas que estaban junto a su plato metí las cucarachas verdes y distribuí un par de chapulines en la salsa. El corazón me latía emocionado ante lo que estaba segura que iba a pasar.

Pues nada pasó. Sara comía a dos carrillos y devoraba plácidamente todo lo que tenía enfrente. Primero pensé que no había visto los ingredientes secretos que le había colocado en sus platillos, pero esa idea se esfumó al ver que con toda alegría ella trinchaba con el tenedor un gusano. No podía delatarme haciéndole ninguna observación. Fue entonces cuando Germán le dijo, con un gesto asqueado:

—¿Pediste gusanos para comer?

—Chiquito —le respondió ella con esa voz que desparramaba alegría—, es comida prehispánica. Éstas como cucarachitas se llaman jumiles, los chapulines se comen mucho en Oaxaca y tienen mucha proteína, y los gusanos, que deberían estar fritos, son deliciosos. ¿Quieres probar?



Y el inútil de mi hermano los probó.

—¿Y tú? —se dirigió a mí—. ¿No los quieres probar tú también?

—No, gracias —respondí en un murmullo.

—A veces hay que probar cosas distintas. Lo distinto no necesariamente es malo.

—No, gracias —repetí, intuyendo que la conversación ya no versaba sobre comida prehispánica, sino sobre otras cosas.

—Bueno —intervino papá—, yo la verdad también prefiero comer algo que no me esté mirando a los ojos mientras le hincó el diente.

Hubo risas. Ahora papá se había reído con todo el rostro, como antes. Se me quitó el hambre. Sara era de las pocas mujeres en el mundo que podían comer cualquier cosa.

Prueba no superada. (Por mí.)

Espejito, espejito...

Este asunto de la comida me dejó pensando mucho rato. Mamá había estado obsesionada con la comida y con no comer. Vefía cada humilde taco de bistec como a un enemigo que iba a destruir su cuerpo. Creía que rechazar la comida la iba a convertir en la mujer más hermosa del mundo, pero no fue así. Y en cambio Sara comía de todo —incluso bichos vivos— sin vomitarlos. Eso me hizo pensar en mi propio cuerpo y me miré en el espejo con curiosidad.

Espejito, espejito...
dime quién es la más hermosa del reino...

Observándome, mi panza se abombaba un poco y mi ombligo resaltaba como un botón mal cosido. Mis piernas no estaban tan mal, porque las rodillas no eran huesudas. Las pompas eran discretas pero el pecho insistía en crecer cada día, lo que no me agradaba en lo más mínimo. No me gustaba mucho mi cuerpo, la verdad, pero tampoco lo aborrecía. No se parecía ni al de las revistas, ni al de mis amigas, ni al de las niñas que salían en la televisión. Era único. Eso no estaba tan mal.

Espejito, espejito...
dime quién es la más bonita
del panteón...

Frente al espejo, juré solemnemente no obsesionarme con mi cuerpo. Y jamás ver a un plato de comida como a un monstruo. Mamá se había dejado vencer por el dragón. Pero yo no lo haría.



Ideas explosivas

—Estás mal —me dijo Rocío cuando le conté mis tentativas de probar la maldad de Sara.

—¿Por qué?

—Porque son travesuras sin importancia.

—Quizá tengas razón. Si quiero demostrar la maldad de mi madrastra, tengo que hacer algo muy desagradable, a ver si así me perdona. Necesito tu ayuda. Ayúdame a pensar.

—Mira, ahí viene Paco. Que mejor él te ayude.

—Mmm, no sé si quiera.

—¿Por qué no? Él es el más inteligente del salón. Y a mí Sara me cayó muy bien. Además, pensando entre todos puede ser más divertido.

Acepté. Tuve que contarle a Francisco toda la historia y soportar sus ojos empalagosos tras sus lentes, igual de pegajosos, cada vez que me miraba.

Francisco quiso quedar bien conmigo. Demasiado bien. Después de pensar un rato me sugirió lo siguiente:

—Te puedo ayudar a fabricar una bomba de pólvora, la colocas en casa de Sara y asunto arreglado. No moriría nadie, pero habría daños considerables.

—¿Cómo crees! —le dije—. Eso sí me da miedo.

—La podrían meter en la cárcel —agregó Rocío—. Trata de sugerir algo haciendo uso de tus conocimientos de química, pero que no sea tan... tan... explosivo.

—Algo impactante pero no ilegal.

—Algo tremendo pero no tan torcido.

—Una mala acción inolvidable, que ponga a prueba a Sara, pero que tampoco deje de ser una travesura.

Francisco pensó tanto que los vidrios de sus lentes se opacaron. Pero cuando dio un bufido que desempañó sus cristales, supimos que tenía una idea. Conforme nos fue contando su plan, mis emociones pasaron del miedo al castigo y la expectación por llevarlo a cabo hasta la admiración por Francisco, que era capaz de eso y más tras esa apariencia de búho trasmañado.

El plan era complicado pero muy excitante: haríamos una bomba, pero de humo. Hice una lista de las cosas que tenía que conseguir:

- *un duplicado de la llave de casa de Sara*
- *los ingredientes para hacer la bomba de humo*
- *una oportunidad para poder meterme a su casa sin ser vista y salir rápido de ahí*

Las dos primeras cosas fueron fáciles de conseguir. Le pedí a Sara que me dejara jugar con su llavero, me lo llevé al cuarto y calqué la llave en un molde de plastilina (eso lo vi en una película). Después llevé la calca con un cerrajero que hizo el duplicado. El cerrajero me miró con cierta sospecha, pero como pagué de inmediato y le dije que tenía fama de ser el mejor de la cuadra, ya no tuvo nada más que decir.

Los ingredientes para hacer una bomba de humo los consiguió Francisco y consistían en azúcar y otras mezclas químicas, además de un mechero.

Ahora sólo necesitaba entrar en casa de Sara. Y para ello era necesario mentir y usar como cómplices a Rocío y Francisco.

La casa de Sara estaba lejos. No se podía llegar ahí en bicicleta, ni caminando y el camión de la escuela no pasaba por ahí. Vivía en la colonia El Risco. Francisco, de lo más colaborador, se ofreció a acompañarme en metro. Inventamos un trabajo en equipo, otra vez. Sin embargo, me advirtió que me dejaría en casa de Sara y se iría rápido, porque su mamá esperaba visitas. Después regresaría por mí. Adentro de mi mochila puso los ingredientes para la bomba de humo. El duplicado de la llave de la casa brincaba en mi bolsillo cantando ruiditos metálicos, dorados. Yo tenía las manos frías y sudorosas. Y la cara caliente.

Me sentí peligrosa. Y atrevida. El número de la calle de El Risco era el 171. Era una casa muy curiosa, en medio de una calle muy estrecha. La colonia se llamaba El Risco porque estaba construida junto a unas grandes montañas de rocas oscuras. La casa de Sara no era grande y parecía estar empotrada en plena montaña.

El duplicado metió los dientes en la cerradura con cierto trabajo. No entró con facilidad, lo que me puso nerviosa. Pero después de sacarla y meterla muchas veces, finalmente entró en las fauces de la cerradura y giró haciendo un chasquido. Al entrar, un aroma a madera me recibió. Mi mirada quiso distraerse viendo las vitrinas llenas de tacitas de porcelana pero mi cerebro la frenó. Subí por las escaleras directamente al cuarto principal. Una cama enorme y llena de unos como velos ocupaba casi todo el espacio, lo mismo que un clóset que abarcaba de lado a lado toda la pared. El cuarto tenía baño y fue allí donde saqué los ingredientes para fabricar la bomba. Me senté en el frío mármol y me concentré siguiendo las instrucciones. Ya estaba por terminar de poner las mechas cuando para mi sorpresa y angustia escuché cómo se abría el portón principal. Después unas voces subieron por el aire hasta donde yo me encontraba. ¡Eran papá y Sara! Yo estaba segura de que esa tarde la casa estaría vacía porque Sara llevaba a Julio a clases de natación. No entendía qué había pasado. Con verdadero pánico alcancé a guardar mis cosas en la mochila. Pasé febrilmente la mirada por todo el cuarto buscando un lugar para ocultarme. Las voces ahora subían por la escalera. Perdí unos segundos valiosos intentando meterme bajo la cama, pero la caja de madera que sostenía el colchón era tan gruesa que no cabía debajo de ella. Me metí rápido en el clóset, entre los vestidos de Sara y una infinidad de

zapatos. Cerré la puerta de un jalón y ahí me quedé, entre las telas y el olor a perfume característico de Sara.

¡Entraron al cuarto! Un pedazo de conversación llegó hasta donde yo me encontraba...

—Dejé la maleta de Julio por aquí... Sí, aquí está, sobre la cama. Vámonos rápido porque a mi hijo no le gusta quedarse en el coche. Gracias por acompañarnos a su clase de natación, es algo muy importante para él.

¡Así que papá ahora veía a Julio hacer bucitos en lugar de ir a trabajar! “Perfecto”, pensé indignada.

—Es un gusto.

—Y cuando quieras yo te acompaño al festival de ballet de Marina...

¡Lo que me faltaba! Que Sara me viera con el tutú que me quedaba horrible...

—No sé si todavía sea el momento. Cada vez que apareces se comporta muy rara... —dijo papá.

—Y yo la voy a matar si... —empezó a decir Sara, para mi sorpresa.

Salieron del cuarto y ya no pude escuchar nada más. Un enojo salió inesperadamente en forma de lágrimas. Esperé un tiempo prudente hasta que supuse que se habían ido. Salí del clóset sofocada. Tenía en mis manos la bomba. Abrí las ventanas. La encendí. La arrojé al cuarto. Salí de la casa corriendo.

Salí, pero... ¡qué mala suerte la mía! Según yo había esperado mucho tiempo antes de escapar de la casa, sin embargo Sara y papá todavía seguían estacionados frente al portón. Seguramente Julio había hecho un berrinche y lo estaban calmando. Traté de correr, pero me descubrieron porque alcancé a distinguir a Julio señalándome con el dedo. Corrí más y más y me oculté en el parque donde había quedado de verme con Francisco porque yo no sabía el camino de regreso a casa. Al poco rato escuché una sirena y las típicas campanadas del camión de bomberos. Todo hubiera salido bien si no me hubieran visto salir de la casa...

Una vez más, prueba no superada. (Por mí.)

—Francisco, no quiero regresar con mi familia —gimoteé frente a mi amigo, después de contarle lo que había pasado.

—Híjole, pues tendrás que ir.

—¿Qué debo hacer? ¿Qué les voy a decir?

Y Francisco, aunque estaba loco de amor por mí y pese a ser el más inteligente del salón, esta vez no tuvo una respuesta.



Regresé a casa temblando. Francisco me acompañó de nueva cuenta al metro. En cada estación yo lloraba más y más. Los mocos se me escurrían y el pobre Francisco me ofreció su suéter en lugar de pañuelo. Me daba un poco de asco usarlo, pero él también se había aguantado el asco al prestármelo. El amor es algo extraño. Supongo que hace que hasta los mocos de la persona amada sean preciosos. Lástima que Francisco a mí no me gustaba. Nunca me hubieran conmovido sus mocos, pero no dejaba de ser buen chico.

Al llegar a casa se despidió de mí preocupado. La que se me iba a armar. Era como si la sirena de los bomberos repicara en mi corazón. Al entrar a casa vi a papá en la sala, esperándome. Nunca lo había visto así. Estaba furioso. Me agarró del brazo y me zarandeó muy fuerte, como nunca antes lo había hecho.

—¿Trataste de quemar la casa de Sara? ¿Eso intentabas? Ahora sí llegaste demasiado lejos. Ahora sí no sé cómo entenderte. Estás castigada un mes, no, dos meses. No televisión, no amigos, no fiestas. Vete a tu cuarto y piensa en cómo disculparte con Sara.

Me fui calmadamente a mi recámara, sin contestar. Entendía la furia de papá. Me había dolido verlo así y que me hubiera agarrado tan fuerte del brazo. Sara tenía la culpa. No la quería ver por el resto de mi vida. Pero eso no se me iba a cumplir. En los cuentos, uno saca su varita mágica y le quita el embrujo al pobre hombre hechizado por la belleza de la malévola intrusa. Después, con algunas palabras mágicas, uno puede hacerla desaparecer para siempre. Y por último, la heroica protagonista —yo mera— reaparece a quien ama. Pero eso no sucede fuera de las páginas de los libros. Y este cuento era real.

“Extraño a mamá”, pensé.

Al día siguiente, durante el recreo, Rocío y Francisco me fueron a buscar. El pobre Francisco tenía un punto menos en aseo por no haber llevado el suéter del uniforme de la escuela. Supongo que lo estaban lavando muy bien. Debe haber estado tieso de tantos mocos. Nos sentamos en una banca a platicar.

—¿Cómo te fue? ¿Ya te disculpaste con Sara?

—Sí. Tuve que hacerlo.

—¿Y cómo te fue?

—Dentro de lo que cabe, bien. Me perdonaron un poco cuando supieron que realmente no quería quemar la casa, sino sólo que se llenara de humo.

—Mi bomba funcionó muy bien, ¿verdad? —dijo Francisco, con el orgullo del científico.

—Pues sí.

—Pero cuéntanos, ¿qué te dijo Sara?

—Habló conmigo en la sala. Quiso que platicáramos a solas. Se hincó para que quedáramos a la misma altura. Y con su voccecita dulce que empalaga me dijo: “Sé que este año ha sido difícil para ti. Pero todo pasará y te sentirás mejor conforme pasa el tiempo”. Sin embargo, yo le contesté algo muy rápido: “Tú realmente no nos quieres. Nos tratas bien porque quieres a papá”.

—Zaas... ¿y qué te contestó?

—“No te puedo decir que te quiero”, me dijo, “todavía no. Pero puedo decirte que me

importas. Y me importas porque yo tengo un hijo. De algún modo extraño, a los que somos padres nos importan más los niños, sean nuestros hijos o no. Eso sólo sucede cuando eres padre de alguien.”

—¿Eso fue todo? ¿No dijo nada de que se iba a casar con tu papá?

—No.

—¿Ni de la casa?

—No.

—¿No estaba archi-rete-contrá enojada?

—No.

—Guauu —dijo Francisco, con admiración.

Le lancé una mirada asesina.

—Pero, ¿saben? Yo creo que se está controlando porque quiere casarse con papá. En realidad, me odia. No les he dicho algo. Cuando estaba en su casa, oculta en el clóset, escuché claro que le decía a papá que quería matarme.

Silencio absoluto por parte de mis amigos. Pero no porque estuvieran impresionados.

—No te creo.

—Exageras. Todo lo que ella dice lo tomas a mal.

Después de un rato, Rocío sugirió algo...

—Yo creo que llegó el momento de que hagas la prueba suprema.

—¿Cuál?

—Molestar a Julio. Eso no lo perdona ninguna mamá.

Miramos a Rocío boquiabiertos. Era lo más malévolo y brillante que se le pudo haber ocurrido.



La mascota

Germán y Julio tenían poca diferencia de edad. Julio había cumplido cinco años y Germán tenía siete. Yo tenía once, casi doce. Cuando salíamos a pasear todos juntos, la cosa no iba tan mal. Pero como ahora venían mucho a casa, tenían que compartir juguetes y eso ocasionaba muchos berrinches. Y a mí me chocaba tener que mediar entre ellos. Comprendía a Germán. ¿Por qué tenía que prestarle sus juguetes a Julio? Él no era su amigo. No éramos amigos.

A raíz de la bomba de humo, papá estaba muy serio conmigo. Yo hacía como que no me importaba.

Al estar castigada, no podía salir con ellos a ninguna parte los fines de semana. Pero lo que sí me estaba permitido era jugar con los niños cuando Julio y Sara venían a nuestra casa. Aproveché un sábado en el que ellos se subieron al cuarto de tele a ver una película. Convencí a Germán de que jugáramos juntos.

—Julio, ¿quieres jugar a ser nuestra mascota?

Julio era muy aficionado a los animales, así que aceptó encantado.

—Mira perrito, te voy a poner esta correa para dar un paseo por el jardín.

Julio se puso en cuatro patas y jadeó, muy en su papel. Salimos al jardín e hizo la pantomima de que quería hacer pipí. Trató de hacer pipí a cuatro patas en una esquina, pero se mojó el pantalón. Nos reímos mucho.

—Ahora, querido perrito, es hora de tu comida.

En un plato de plástico, pusimos croquetas para perro que yo había comprado en el mercado. Julio las olisqueó y las devoró con la boca, sin usar las manos. Germán y yo aplaudimos, satisfechos por su desempeño como can. Hasta ahí todo iba bien. Pero quise aumentar el grado de dificultad del juego.

—Muy bien. Ahora queremos un gato. ¿Verdad, Germán?

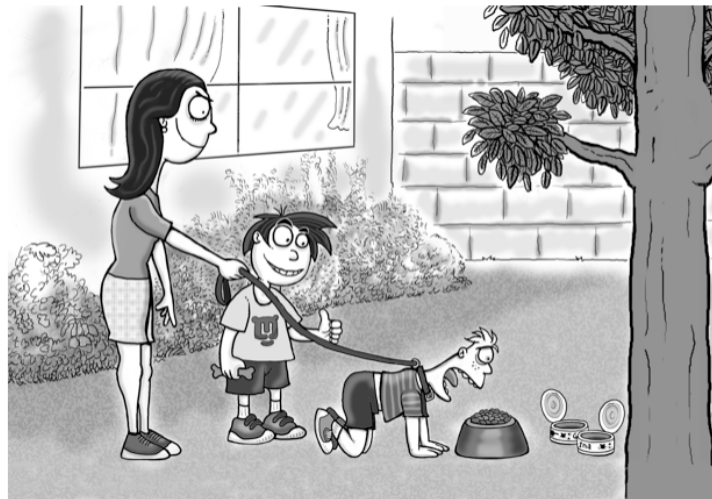
—Miauu, miauu —ronroneó Julio.

Entonces, fui por las latas de alimento para gato que Rocío me consiguió. Abrimos una y el viscoso contenido salió sacando burbujas. Un olor a pescado y sal nos invadió. Julio titubeó un poco antes de devorarlo —supongo que sabían mejor las croquetas— pero como quería nuestra aprobación, comió algunos bocados.

En ese momento, aparecieron papá y Sara. Vieron a Julio con la correa que aún no le

quitábamos. El niño tenía una expresión muy satisfecha.

—¿A qué juegan, chiquitos? —preguntó Sara.



—A las mascotas —contestó Germán.

La panza de Julio ronroneó. Todos volteamos a verlo. Dejó de maullar para vomitar sobre el jardín. Sara elevó el tono de su voz:

—¿Qué le dieron?

—Nada malo —contestó mi hermano—; sólo comida para perros y para gatos. Le gustó.

Papá y Sara no miraron a Germán. Me lanzaron unos ojos que echaban chispas.

—Ven, Julio, ven. Vamos al baño.

Julio empezó a llorar y a retorcerse. Germán remató tristemente:

—Nuestro gatito se enfermó.

Lo llevaron a rastras al baño. Creo que lo obligaron a vomitar más. Quedó un poco maltrecho y papá lo cargó para llevarlo a su casa. Pasó algo muy curioso: papá no me volteó a ver ni una vez. Me sentí fatal porque el enojo puede ser frío y quemar igual que cuando la ira

está caliente.

Sara, antes de irse con ellos, se dirigió a mí y enfrente de todos me dijo con una voz llena de coraje:

—Lo que hiciste no tiene perdón. Una cosa es que hagas travesuras para llamar la atención y otra tratar de hacerle daño a un niño indefenso. Pudiste haberlo matado. No es justo. Entiendo que Germán haya creído que es un juego, pero tú lo hiciste con toda premeditación. ¡No me hables! ¡No digas nada! ¡Estás insoportable!



Ahora sí había logrado que Sara se enojara. No me golpeó, ni me mordió. Perdió ese aire de comprensión y dulzura. Me gritó. Y tuve que reconocer que tenía razón en enojarse.

Prueba superada.

Pero no me sentí contenta. Me sentí mala. Y triste.

No feliz cumpleaños a mí

Iba a ser mi cumpleaños número doce. En vista de todos los problemas que había ocasionado, no tenía derecho a una fiesta de cumpleaños. Ni siquiera de ir con mis amigas a comer pizzas. O ir a jugar boliche. O ir con mi hermano a una feria. O de perdida al cine. Nada. Para colmo, caía en martes y era día de examen de física. Eso es lo peor que te puede pasar en tu cumpleaños: que haya examen, que tu papá no te hable y que sientas remordimiento.

Por si fuera poco, era el primer cumpleaños que pasaría sin mamá.

Traté de acordarme de todos mis cumpleaños. Sólo recordaba tres. Uno en la playa, de noche, comiendo almejas cerca de una fogata. Era muy raro estar en la oscuridad, escuchando rugir al mar, riéndonos como tontos cada vez que sacábamos un animalillo de su concha y lo matábamos con el jugo de limón. Lo disfrutamos mucho. Mamá tenía un traje de baño rojo. Germán era muy chiquito y estaba dormido sobre una toalla.

El otro cumpleaños que recordaba era una fiesta sorpresa que me organizaron mis amigas de la escuela. Hicieron como que no se acordaban y al final del día me dijo la maestra Luz que la directora quería hablar conmigo en el salón de las asambleas. Me asusté. Al abrir la puerta del salón, el marco estalló en confeti y serpentinas. No había pastel, pero alguien llevó una caja de galletas. Rocío me regaló unos colores y una pluma que guardo hasta la fecha, intactos. No quiero sacarles punta y que se acaben.

El último cumpleaños, el de mis once, lo tenía más fresco en la memoria. Mamá me compró algo horrible: un corpiño. “En lugar de las camisetas de niña”, dijo. Yo odiaba que mi pecho fuera tan pronunciado. El corpiño lo hacía resaltar más. Lloré tanto de desilusión que mamá me llevó a comprar otra cosa a una tienda. Escogí unos pantalones de mezclilla. El cumpleaños terminó bien porque fuimos al Museo de Historia Natural y papá rugía como si fuera un dinosaurio haciéndonos reír mucho. Las risas son el mejor regalo de cumpleaños. Me acerqué a mi tocador y abrí un cajón donde guardaba una foto de mamá y papá cuando eran novios. Están en un jardín. Él está serio, pero la abraza muy firme. Ella sonríe frente a la cámara y sus dientes y sus labios son grandes y ocupan casi toda su cara. ¿A dónde se fue la risa de mamá? ¿Por qué no pude guardarla en una cajita?

En mi cumpleaños número doce no iba a haber risas. Sólo exámenes.

Papá me fue a despertar ese día. Se acercó a la cama y me besó. Me dijo “muchas

felicidades”. No se escuchaba ya tan enojado, sino más bien cansado. Tenía un paquete en las manos con un gran moño. Lo recibí muy contenta porque eso parecía un perdón envuelto para regalo.

Lo sacudí, no pesaba demasiado y adentro de la caja se escucharon unos ruidos raros, como si adentro hubiera un monstruo que respirara ruidosamente. Germán apareció en pijama y se acostó a mi lado dándome abrazos un poco bruscos.

—Espera... espera... quiero abrir el regalo. Pero me da un poco de miedo.

—Ábrelo, ábrelo ya —decían los dos.

Al abrir la caja, dos patas peludas salieron y un hocico lleno de dientes abrió la boca... ¡para lamerme! ¡Era un cachorrito de fox terrier!

—Papá, muchas, muchas gracias... —le decía dándole besos mientras el perrito olisqueaba a Germán.

—Fue idea de Sara. Dijo que así no necesitas usar a Julio como mascota —me dijo con una media sonrisa.

Me sentí extrañamente feliz. Extrañamente, porque eso significaba que también Sara me había disculpado. Feliz, porque no hubiera creído que me importara tanto su perdón.





La cena

Las cosas marcharon mucho mejor a raíz de ese día. No festejé mi cumpleaños fuera de casa porque seguía castigada, pero el perrito alegró ese martes. Le puse Docemanchas en honor a mi cumpleaños. En el examen de física saqué ocho, que para mí valía como un diez porque me costaba mucho trabajo. Los siguientes meses, Rocío, Francisco y yo continuamos juntándonos en el recreo, pero ya no hablábamos de Sara, sino de las maestras, los exámenes y la graduación, porque ya se acababa la primaria y nos volveríamos de los “grandes”, los de la secundaria. ¡Ya no usaríamos uniforme! ¡Eso nos daba muchísima emoción! Íbamos a tener muchas más materias, pero seríamos “de secundaria” y podríamos mirar con cierta compasión a los escuincles de primaria. Algunos de mis compañeros se iban a cambiar de escuela, otros no. Afortunadamente, mis amigos y yo nos quedaríamos en la misma. No hubiera soportado dejar de verlos.



Papá nos dijo a Germán y a mí que quería invitarnos a cenar a un lugar muy elegante. Era mi primera salida después de los dos meses de castigo. Iban a estar Sara y sus papás. No me dejaron llevar a Docemanchas porque era un restaurante muy formal. No me daba ilusión una cena tan aburrida, pero con tal de salir... Además, parecía que se trataba de algo muy importante para papá, que se puso muy guapo con una camisa azul. A Germán lo vistieron con un traje de pana que sólo usaba los domingos y días festivos. Yo me puse un vestido *beige* que me gustaba mucho porque tenía un gato bordado en el pecho. Pero no un animal, sino la figurita que trazas cuando quieres jugar gato.

Esta vez no pasamos por Sara, sino que ella llegó con sus padres en otro coche. También iban nuestros abuelitos. El restaurante era muy bonito, nunca habíamos ido ahí. En cada mesa había una veladora que Germán insistía en apagar. Me dejaron pedir del menú lo que quisiera. Escuchaba a veces trozos de la conversación de los adultos y a veces me distraía viendo las cortinas del restaurante.

De repente, sentí que me brotaba una extraña humedad y que mojaba mi ropa interior. ¡Qué raro! No eran ganas de ir al baño, pero era algo que nunca había sentido antes.

En ese momento, papá tomó una copa y le dio unos golpecitos con una cucharita.

—Me da mucho gusto que estemos todos juntos. Quiero compartir con ustedes una gran noticia. Ya saben que Sara y yo hemos salido durante este año. Es una mujer maravillosa. Logró que me recuperara de la pérdida de Ana. A ella no la olvidaré nunca, pero siento que es hora de continuar con mi vida, siempre al lado de mis adorados hijos. Sara y yo decidimos casarnos.

Ups. Me sentía más mojada. Y asustada. Papá estaba emocionadísimo con su discurso, porque la voz se le escuchaba temblorosa. Yo estaba temblando también porque en ese momento tuve que pararme.

—Disculpenme, tengo que ir al baño —susurré apenadísima. Y me fui corriendo, tirando, sin querer una silla.

En el baño, examiné mi ropa interior. Aterrada, vi una mancha de sangre donde nunca antes había aparecido. Oh, ¡no! Sabía perfectamente lo que era —mamá me lo había explicado—, pero no sabía que me iba a pasar eso por primera vez, justo en ese lugar, en el peor momento y sin nadie a quién pedirle ayuda. A los pocos minutos, escuché la voz de Sara. Yo estaba encerrada en uno de los compartimentos del baño.

—Marina, ¿dónde estás? ¿Te pasa algo?

Por primera vez me dio mucho gusto oír su voz dulce y suave.

—Aquí estoy —y sin saber por qué empecé a llorar.

Sara abrió la puerta.

—¿Qué te sucede, chiquita? ¿La noticia de la boda te agarró por sorpresa? —se oía francamente preocupada.

—No es eso, no. Eso está bien. Lo que está mal es esto. Me acaba de pasar.



—¿Pasar qué?
—Lo que te pasa cuando creces —dije con voz quedita y apesadumbrada.
Sara, entonces, sonrió. Su sonrisa bañó de luz el baño. Me abrazó como si le diera una gran noticia.

—¿Se manchó el vestido? —me preguntó, con un tono súper contento.
—No, creo que todavía no.
—Quédate aquí. No te muevas. Te voy a conseguir una toalla femenina.

A los pocos minutos trajo la toalla salvadora y me explicó cómo ponérmela. Respiré aliviada. Cumplir los doce estaba definitivamente lleno de sorpresas.

—¿Quieres regresar a la mesa o quieres que nos quedemos un rato aquí? —me preguntó—. No hay prisa.

Sara me había salvado del mayor ridículo de mi vida en el día más importante de su vida. La miré. Era bonita y joven. Nunca me había hecho nada malo. Ella no tenía la culpa de que mamá muriera. Ni de enamorarse de papá.

—¿Sabes qué, Sara?

—¿Qué, Marina?

—Que las madrastras no son malas como dicen los cuentos. Vamos a la mesa. Tengo hambre.

—Papá, ¿cuándo te vas a casar con Sara?

—En agosto, cuando estés de vacaciones. El veintiuno, exactamente.

—Tengo dos cosas que pedirte. ¿Me vas a decir que sí a las dos?

—Depende —papá frunció el ceño.

—Primera, ¿puedo invitar a mis amigos a la boda? ¿A Rocío y a Francisco?

—Sí. También es una fiesta para ti, Marina —la frente de papá se desarrugó un poquito.

—Segunda, ¿tengo que decirle “mamá” a Sara?

—Si no quieres, no. Puedes seguirla llamando Sara.

—No tengo que decirle “madrasta”, ¿verdad? Odio esa palabra.

—Yo también. Estamos de acuerdo —la arruga en la frente de papá desapareció. Nos dimos un gran abrazo.

El día de la boda me tocó entregar al novio, que en este caso era mi papá. Así dicen, “entregar”, como si entregaras una pizza. Suena chistoso, pero así es. No fue elegido Germán, ni mi tía, sino yo. Me compré un vestido sin mangas, un vestido de verdad, como de persona mayor. Al estar arreglándome, distinguí en mi clóset el suéter que había recibido en el intercambio. Parecía que había pasado mucho tiempo, pero sólo había pasado un año y medio. Y habían ocurrido un chorro de cosas en mi vida.

Agarré el suéter, volví a pasar mis dedos por las letras que tanto me gustaban, y lo eché a la basura. Yo había querido ser siempre la princesa de papá, pero ese deseo, curiosamente, había cambiado y yo ya no quería ser la bruja de ese cuento. Nunca más.



LA MALA DEL CUENTO

Marina está a punto de cumplir doce años cuando su papá le presenta a Sara, su nueva novia, una mujer sospechosamente perfecta. Con ayuda de sus incondicionales amigos Rocio y Francisco, Marina decide desenmascarar a Sara e impedir que se convierta en la temible madrastra de los cuentos.

Vivian Mansour nació en la ciudad de México. Estudió ciencias de la comunicación en la Universidad Iberoamericana y ha trabajado en el área creativa de varias agencias de publicidad. Es autora de muchos cuentos para niños que la han hecho merecedora de varios premios. También ha publicado en el *rc* *Familias familiares*, *El peinado de la tía Chofi*, *El Enmascarado de Lata* y *¡Fuiste tú!*

Patricio Ortiz es un reconocido caricaturista mexicano. Estudió artes visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM y caricatura e historieta con Rafael Barajas, *El Fisgón*. Publica sus trabajos en la revista *El Chamuco* y ha colaborado en los periódicos *Milenio* y *La Jornada*.

